



Análisis

Javier López Alós

Lo que sigue es pura especulación y a veces harto extremada, que el lector aceptará o rechazará según su posición particular en estas materias. Constituye, además, un intento de perseguir y agotar una idea, por curiosidad de ver hasta dónde nos llevará.

SIGMUND FREUD, *Más allá del principio del placer*, IV.

No sabía muy bien dónde, pero tenía la certeza del dolor. Y buscó fuera y apartó todo hasta quedar solo y el dolor seguía, así que dedujo que el dolor, recordando además que era una sensación, sólo podía venir de adentro. Se esforzó en localizar la fuente para poder controlarla mientras la intensidad del dolor aumentaba de tal modo que se avergonzaba ya de pedir socorro; en tan poco se tenía ya. En un último intento desesperado pero lúcido, pensó que debía tomar distancia respecto de su propio sufrimiento y convertirlo en objeto y sonrió por primera vez en mucho tiempo. La victoria era segura: si el dolor era del cuerpo, podría señalar su causa; si el alma existía, algo de lo que no tenía más que una idea aproximada por el catecismo, y era esto lo que le dolía (¿podía doler el alma?, se preguntaba), cambiando las causas se modificarían los efectos. Durante unos minutos estuvo tan exultante que se olvidó incluso de su propio mal.

De este modo empezó por vaciarse el interior a la búsqueda del origen de su malestar. Y con cada extracción se producía un daño esperanzador pero fraudulento, dado que sólo era el roce, la operación en sí, lo que excitaba sus nervios y no el resultado del proceso. Así fueron saliendo, primero con orden, luego con desesperación, pulmones, corazón, vísceras, recuerdos, huesos, ilusiones, proyectos, tejidos, traumas... hasta quedar completamente vacío. Mas el dolor seguía.

